REFLEXIONES SOBRE EL LENGUAJE PERUANO

por: Alberto Tauro del Pino.

Una lengua tan antigua, tan rica y tan compleja como la nuestra, es un universo. Es la suma de los esfuerzos que a través del tiempo han cristalizado la descripción y la comprensión del mundo, la expresión de la inquietud humana, la captación de la verdad. Es un diáfano reflejo de la vida. Es el legítimo acerbo de las afinidades y la proyección histórica del pueblo que la habla, porque en ella va decantando influencias, perspectivas y designios. Y el entendimiento se deleita en el estudio de su estructura y la confrontación de su caudal lexicográfico, porque descubre esencias y accidentes, alternativas, permanencias y transiciones, que en la sucesión de los tiempos han moldeado el alma colectiva. Si en un poema interesa al crítico la hermosura de la forma, y un historiador puede impresionarse con las revelaciones fácticas de un documento, el análisis lingüístico puede efectuar calas más profundas, hasta identificar las raíces de los contenidos ideológicos y precisar la intensidad de las múltiples relaciones que se hallen implícitas en las piezas mencionadas. O, en otros términos: el estudio de la lengua no es una tarea más o menos insustancial y superflua, según suele creer el vulgo, sino un trabajo sistemático y multidisciplinario, que un pueblo como el nuestro necesita para llegar a la definición de su identidad nacional.

Fácilmente puede advertirse que el uso correcto y oportuno de las palabras es inequívoca manifestación de una sociedad estabilizada; y, en cambio, debe verse un indicio de inmadurez o crisis en el uso indiscriminado, que trueca las palabras en muletilas o las despoja de su contenido. Palabras en las cuales se ci-

fra el valor de una institución social, un modo de vida o una aspiración humana, suelen perder su significación y su trascendencia cuando se las repite de modo machacón e irreflexivo, y revelan que detrás de ellas se agazapa una actitud incongruente. Recuerdo, por ejemplo, que a un ex-presidente de nuestro país le preguntó un periodista si en el seno de su hogar habían causado perturbaciones las discrepancias políticas de sus hijos; y sin la menor hesitación respondió que no, porque en sus relaciones familiares se practicaba la democracia; pero es obvio que así puso en evidencia su personal confusión, pues no consideró las proyecciones sociales y las implicancias profundas del régimen democrático, ni las saludables auras que la vida hogareña debe a la comprensión, el respeto y la mutua tolerancia. Constantemente puede escucharse que eminentes autoridades del estado afectan una actitud resignada, e invocan los deberes que les impone la democracia, cuando afrontan algaradas o protestas populares contra alguna disposición cuestionada, y al mismo tiempo declaran que esa reacción tumultosa obedece a un normal ejercicio de la democracia; pero no parece entenderse que la salud de este régimen político supone la previsión de los conflictos sociales, en atención a un fundamental espíritu de justicia y según la precisa definición que formuló Abraham Lincoln. Por añadidura, el uso abusivo de las vías públicas, las demasías individuales que ocasionan la incomodidad ajena, la altisonante propagación de ruidos y voces, o la exhibición de habilidades heterogéneas, todo se explica como manifestación y licencia propias de la democracia. Y se repite esta palabra hasta la saciedad, con cualquier motivo, con toda clase de pretextos, como justificación de las más diversas prácticas o ensalmo apto para abatir obstáculos. Pero a la postre es fácil reconocer que el contenido ideológico de la palabra ha quedado oscurecido, o no ha sido debidamente aquilataado, y sólo se la repite debido a las virtudes mágicas de su sonoridad.

Otras voces concitan problemas semejantes, y nos conducen a proponer su dilucidación metódica: pues, si en ellas se registran los efectos de una alteración semántica, es conveniente

esclarecer la actual extensión de sus acepciones para dar precisión a su uso; y en caso de haber sido incorporadas al vocabulario del hombre contemporáneo, es indispensable evitar la repetición viciosa y favorecer su cabal aplicación en las frecuentes declaraciones que la acción pública impone. Quizá se vuelca demasiada pasión cuando se usan tales palabras como pendón expuesto a las violencias del viento, o no se reflexiona cabalmente en un mensaje implícito, o no se considera la afectación de la contraparte que ellas evocan. En verdad, requiere precisión y evaluación serena el empleo de palabras tales como "libertad" e "independencia", porque no son abstractas, ni unívocas, y sus connotaciones están preñadas de aristas. La libertad que en la vida cotidiana se invoca no es aquella que en la prédica cristiana se asocia a la opción individual entre el bien y el mal; no es aquella que preocupó a los presocráticos y a través del tiempo ha excitado las agudas dilucidaciones de los filósofos; es aquella que desveló a los teóricos del contrato social y en la constitución de los estados modernos aparece como un derecho del hombre, pero en armonía con los límites impuestos por el derecho ajeno y los intereses de la sociedad. A su vez, la independencia sugiere una imponderable y altiva respuesta a posibles o presuntos recortes de sus alcances, y supone una actitud conflictiva en cualquier relación con centros de poder desde los cuales se intente establecer o mantener vínculos de dependencia. Aun en los días aurales de la autonomía nacional preocupó a los próceres la exacta acepción de tales términos, para dar la deseada estabilidad a la nueva época; y en la coyuntura actual, igualmente grávida y llena de riesgos, debemos coadyuvar a un esclarecimiento semejante, a fin de evitar que una irrestricta apelación a la libertad condicione reacciones sentimentales y desbordes anarquizantes, y propender, en cambio, a la formulación de un proyecto nacional, tan lúcido y equilibrado como lo exige nuestro tiempo.

Igual preocupación pueden inspirar otras palabras que en el habla cotidiana se emplean de modo irresponsable y preocupante. Pero los ejemplos anteriores bastan, para que se aprecie

la necesidad de una evaluación justa de los significados respectivos y se oriente así el desenvolvimiento de la vida. Insistamos, por añadidura, en otros aspectos que hace particularmente complejo y singular el estudio de la lengua hablada en nuestro país, a saber: la influencia lexicográfica y fonética de los idiomas nativos. Indudablemente fueron subestimados al comienzo de la penetración española, pues al respecto no se advierte un interés cognoscitivo en los testimonios de los primeros cronistas de la audaz empresa. Las cartas de los quejosos que en la isla del Gallo solicitaron la ayuda del gobernador de Panamá insisten, abrumadoramente, en las penalidades sufridas; y apenas dan noticia de la nueva tierra cuando aluden a la mortandad registrada entre las "piezas de indios mansos" que había llevado para su servicio y, a falta de ellos, sobrellevaban muchas dificultades para hallar, transportar y aprovechar el maíz que los sustentaba. Vivían muriendo, porque sólo disponían de ese pródigo grano; y, además de ser "necesarios los indios para el cultivo", la elaboración del pan de maíz requería los servicios de una india porque debía hacerlo dos o tres veces al día. Luego tuvieron ojos sólo para el oro y la plata, conforme puede apreciarse en las tempranas relaciones de Hernando Pizarro y Cristóbal de Mena. No obstante la acuciosa descripción de Gonzalo Fernández de Oviedo acerca de las cosas del Nuevo Mundo, Juan Ruiz de Arce llama "vino de maíz" a la chicha, "ovejas" a las llamas, "venados" a las tarukas; "silla baja" al duho, y "toldos" a las carpas levantadas para cobijar a Atahualpa en los baños próximos a Cajamarca. Diego de Trujillo llama "fruta de la tierra" a las diferentes especies halladas en la isla de la Puná, y equívocamente designa como "mamaconas" a todas las mujeres albergadas en la acellahuasi, pero acierta a mencionar los depósitos de coca y ají hallados en Cusco.

A su vez, Alonso Borregán dedica densas páginas a las cosas de los indios; Francisco de Jerez cuida sus informaciones para dar una impresión adecuada acerca del imperio conquistado y de sus peculiares formas de vida; y, después de lograrse el asentamiento en el país, y quedar establecidas las bases de la domi-

nación, adviértese una progresiva toma de conciencia en lo relativo a los tratos humanos y el aprovechamiento de los recursos naturales. Tras el deslumbramiento y el instinto de conservación que mantuvieron en tensión a los primeros conquistadores, van emergiendo las preocupaciones del Gobierno; a los indios lenguaraces, que muchas veces engañaron a los jefes de armas, siguen los doctrinarios, que aprendieron las lenguas nativas para ejercitar su celo evangelizador; y surgen mestizos letrados -como Diego de Alcobaza, Alonso de Barzana y Blas Valera-, que colaboran de modo inapreciable en la redacción de los primeros catecismos y en la investigación de los secretos de la antigua cultura. El español hablado en el Perú se enriquece con la afluencia de una vertiente caudalosa, con las voces que sintetizan el conocimiento de la tierra, y con las peculiares inflexiones que a veces alteran la línea melódica de la lengua peninsular. De modo que un nuevo avcindamiento en estas comarcas hubo de exigir un aprendizaje, no sólo para identificar sus lugares, sino para reconocer por sus nombres los frutos nacidos en ellos y los animales que los pueblan desde épocas inmemoriales, e inclusive para atender la relación de las costumbres aborígenes y aun adaptarse a la peculiar modulación que en boca del nativo adquirirían las voces españolas. Las prestaciones lexicográficas han sido calificadas a veces como peruanismos, pero con más propiedad se las debería definir como quechuísmos o aymarismos, a fin de llegar a una exacta apreciación del tributo que los pueblos conquistados ofrecieron a la lengua española. Y así como la corporación matriz compromete la colaboración de arabistas entre sus miembros, al iniciarse el segundo siglo de la Academia Peruana de la Lengua suponemos que puede considerarse la incorporación de algún quechuísta que aporte sus especiales conocimientos al trabajo propio de nuestra entidad.